

DON ALVARO DE LUNA.

de san Francisco, tres mulas
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
se hallaban dos reverendos,
de una sartén apurando
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía
sin caperuza el ventero,
que solícito llenaba
las tazas de vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
predicador del convento
del Abrojo, el otro un fraile
anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
mustios ambos y en silencio
se mostraban, cuando el huésped
les habló así con respeto:

“¡Es verdad, benditos padres,
que el condestable está preso?...
Anoche dió esta noticia,
que nos pasmó un caballero.”—

Contextóle el religioso:

“Pues no os engañó, que es cierto.
Y continuó el padre Espina:

“Sí, desengaños son estos”
“Que avisan á los mortales,
de que son perecederos
los bienes que nos da el mundo,

DON ALVARO DE LUNA.

y su grandeza embeleco.”—

El villano, sin turbarse,
le cortó el sermón diciendo

“Y también de que castiga
“sin palo ni piedra el cielo.”

“Aun está fresca la sangre
de Alonso López Vivero.

Yo estaba al pié de la torre,
cuando el condestable mismo

“Le arrojó de ella: yo he visto
de oro las cargas á cientos

entrar allá en su palacio.
Dicen también, y lo creo,”

“Que hechizado el rey tenía,
“y aun añaden”....—“No debemos,”
dijo grave el religioso,

“dar á hablilla tal acceso.”

La ventera que hasta entonces
se estuvo callada al fuego,
con la mano en la mejilla,
mostrando gran sentimiento.

Y que era, aunque no muy verde,
fresca y limpia con extremo,
abultada de pechera

y con buen par de ojos negros;

Saltó súbita: “Envidiosos,

“que no sirven ni por pienso
“para descalzarle, han sido

“los que en trance tal le han puesto.”—

Dijole el marido: “Calla,”

— y ella respondió: “No quiero....
 “Qué señor tan llano!... parte
 “el corazón!... Mes y medio”
 “Hace que le vimos todos
 tan galan en el festejo,
 que se celebró en la plaza
 de Valladolid.... Qué diestro!”
 “Qué valiente!... qué gallardo!
 “Fué el único del torneo.”—
 “Calla,” con cólera grande
 volvió á decir el ventero;
 Y ella, en vez de obedecerle,
 á continuar: “Qué discreto!
 “el oírle daba gusto....”
 “Alfonso López Vivero”
 “Era un vil que le vendía.”—
 “Calla,” repitió de nuevo
 mas airado el hombre; y ella:
 “No me da la gana: cierto”
 “Es cuanto digo... El tesoro
 lo ganó en la guerra, ó premio
 es que el rey le ha dado en paga
 de servicios que le ha hecho.”
 “La reina y los ricos hombres
 “revoltosos y soberbios”....—
 “Maldita tu lengua sea,”
 clamó furioso el ventero.
 “Tú porque allá te criaste
 “en su palacio, y.... yo necio”....
 — Y ella prosiguió llorando:

“La tonta fui yo, mostrenco.”—
 Iban en el matrimonio
 á poner paz y concierto
 los padres, cuando, *ya llegan*,
 gritó desde afuera el lego;
 Y dejando á los esposos,
 que sin duda prosiguiendo
 la disputa, la acabaron
 á puñadas, según temo,
 Fuéronse á la puerta al punto,
 sobre sus mulas subieron,
 y aquella venta dejaron,
 hecha un abreviado infierno.

—o—
 ROMANCE II.

EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo
 de léjos por el camino,
 y al tropel que la levanta,
 borra y tiene confundido.

En ella relampaguean
 reflejos de acero limpio,
 y forman un trueno sordo,
 herraduras y relinchos.

Dando lugar á que llegue,
 los religiosos franciscos
 á lento paso se ponen,
 y otras miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,
y vese claro y distinto
que Diego Estúñiga, el jóven,
es de ella jefe y caudillo.

En una alazan fogoso
viene de hierro vestido,
la gruesa lanza en la cuja,
la luenga espada en el cinto,
Un penacho jalde y negro,
cual matorral sobre un risco,
ondea sobre su almete,
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,
de una cadena ceñido,
ostenta la banda negra,
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetas.
de la cimera al estribo
armados de punta en blanco,
y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio,
y en todos el sobrescrito
de gran duelo y gran tristeza
se ve de ballesta á tiro.

Se dijera ser la escolta,
no de un caballero vivo,
sí de un caballero muerto
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venia,
cabizbajo y abatido,

caballero en una mula
con jaeces harto ricos,
Un insigne personaje,
de aspecto notable y digno,
de estatura no muy alta,
pero gallarda y de brio.

Un sayo de paño verde
con franjas de oro guarnido
es su traje, y lleva al hombro,
mas blanco que los armiños,

Un gran manto, en cuyos pliegues
la cruz roja, distintivo
de maestre de Santiago,
luce en recamo prolijo;

Y una toca de velludo
negro con bordados picos,
mas sin airon ni garzota,
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
bien que apagado y sombrío,
y su aire tan de persona
de poder y de dominio,

Que por mas que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir, era imposible,
cierto respeto sumiso.

Don Alvaro era de Luna,
del rey don Juan favorito,
que á Castilla largos años
rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
con los dos padres franciscos,
paráronse estos, y humildes
saludo cortés y fino

Hicieron al condestable,
de quien eran muy amigos.
Don Alvaro contextóles
tan galán como expresivo:

Ellos en la armada escolta
se ingirieron de improviso,
tomando del gran maestro
á uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron
todos en silencio hundidos;
pero al cabo el padre Espina
se resolvió, y así dijo:

“ En verdad, señor, que valen
poco del mundo mezquino
las honras y los haberes,
para el varón de juicio.”

“ El hombre cristiano y cuerdo
debe acia norte mas fijo
encaminar su esperanza,
servir solo á Dios benigno.”

“ Lo que nos da, lo mantiene,
y al que busca en él asilo,
para siempre se lo acuerda
en eterno paraíso.”—

Con grande atención escucha
tan saludables avisos

don Alvaro, que engañado
juzgó al salir, de Portillo,

Que iba á recobrar honores,
favor, riqueza y dominio;
y entreviendo en el instante
su verdadero destino,

Se estremeció á pesar suyo,
cubrióse de sudor frío,
y, “ Voy á morir acaso!”
preguntó como indeciso.

Contextóle el religioso:
“ Todos miétras somos vivos,
“ vamos á morir. El hombre
“ que va preso... en mas peligro”....

—“ Basta,” exclamó el condestable;
y dando á su aspecto altivo
gran dignidad y gran calma,
y al semblante noble brillo,

“ Basta,” siguió: “ no es la muerte,
“ cuando se sabe de fijo
“ que llega tan espantosa
“ como el vulgo vil lo ha dicho.”

“ Venga pues: si el rey lo quiere,
yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
no me dejéis, os suplico.”—

Oyendo tales razones
lloró Estúñiga escondido
en su celada, y lloraron
hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al condestable
con discrecion y con tino.

Y él oyéndolos atento,
siguió la marcha tranquilo,
sin dar de dolor ni susto
en su noble rostro viso.

—O—
ROMANCE III.

LAS CALLES.—LA CAPIELA.—EL PALACIO

PARA quien al día siguiente
mira la muerte segura,
el declinar de la tarde
solemnidad tiene mucha.

En el sol, que va á ponerse
y espeso vapor ofusca,
(semejante á un rey que el trono
á su pesar desocupa,

Y dignidad conservando
del mundo huye, y se sepulta
donde los hombres no adviertan
su dolor y desventuras)

Con honda atencion los ojos
clavó don Alvar de Luna.
Así que lo vió traspuesto,
lanzó un suspiro de angustia,

Como el que lanza el amante,
cuando el horizonte oculta

el bajel, en que su amada
los desiertos mares surca.

Para no volver. Ansioso
lleva sus miradas mudas
á los montes apartados,
cuyas cumbres aun relumbran,

A los ya enlutados bosques,
á las calladas llanuras,
á los altos campanarios
que entre nieblas se dibujan :

Retardar el despedirse
de la perspectiva angusta,
que presenta el universo,
parece que solo busca.

Y al notar que poco á poco
la luz menguante y confusa
del crepúsculo confunde
la escena que le circunda,

Piensa ya ver de la muerte
la terrible sombra, en cuya
oscuridad para siempre
corre á hundirse y se atribula.

Sus pensamientos penetran
los doctos frailes, y endulzan
con eternas esperanzas
su meditacion profunda.

—O—

Entre dos luces llegaron
á Valladolid, y turba
desordenada en las calles

con sordo rumor circula,
De Alonso López Vivero
por la calle y casa cruzan,
donde viven sus criados,
donde llora su viüda.

Aquellos como canalla,
que si al poderoso adula,
en cuanto le ve caído,
feroz le escarnece y burla;

De la cabalgada el paso
atajan con ciega furia,
y con denuestos y voces
al ilustre preso insultan.

Este furioso (presente
el tiempo pasado juzga,
que aun conserva el poderío,
que aun domina á la fortuna)

Lleva soberbio la mano
á buscar en su cintura
la guarnicion de la espada,
mas, ay! en vano la busca.

Va preso... espada no lleva...
Ah!... lo advierte, y furibunda
mirada va á dar al cielo;
mas se anonada y conturba.

Queda con los ojos fijos,
parece su faz difunta:
tiembla, y en sudor helado
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro....

un espectro!... Sí: la mular
algo ve también; esquivo
se rozela; empina y bufala;
De Alonso López Vivero
ha salido de la tumba
la sombra!—De que el maestre
ante sí la vió, no hay duda.

En confesion se lo dijo
en aquella noche con muchas
lágrimas al padre Espina,
de Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza
á palos abre la turba
Estúñiga denodado,
y la atropella y asusta;

Y en salvo al ilustre preso
condujo á la casa suya,
en que estaba preparada
una capilla segura.

Donde pasó el condestable
con la espiritual ayuda
noche serena, pidiendo
á Dios perdon de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,
repetió tambien algunas
trobas del famoso Mená,
que pintan como locuras.

Las mundanas ambiciones:
oró con fervor; en suma
fué un cristiano caballero,

DON ALVARO DE LUNA,
un hombre de fe y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
ser el reo, á quien la dura
sentencia estaba leída,
y á quien la cuchilla aguda

Del verdugo amenazaba,
era el rey... Misero! lucha
náufrago desventurado
en airado mar de angustias.

Ama á don Alvaro, mira
su sentencia como injusta:
de la reina y de los grandes
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
y hasta su existencia juzga,
y que al morir el maestro
abrazadas irán juntas.

El alma de aquel amigo
y el alma afligida suya,
¡Grande mal es la flaqueza
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,
rasgando sus vestiduras,
paseándose sin tino
por la cámara, que alumbrá

Una lámpara medrosa,
que en el cortinaje abulta
vagas sombras... infelice!
qué noche pasó!... Que ocupa

DON ALVARO DE LUNA.
Ve un rincón de aquella sala,
de pié con la boca muda,
su físico Fernán Gómez.
A él se va las manos juntas,

Y suplicante le dice:
"Si és que mi salud procuras,
"anda á ver al condestable,
"así Dios te dé su ayuda."

El bachiller respondióle:
"Le debo mercedes muchas,
"perdone vuesenoría:
"no oso verle en tal angustia."

Conmovido el rey, en llanto
rompió y en voces confusas,
que el alma á Gómez partieron,
según dicen cartas suyas: (13)

Entró al estruendo la reina
en la cámara, cual una
aparicion, como maga
que viene á doblar astutas.

Los encantos y conjuros
con que alto preso asegura,
y con que la empresa afirma,
de que pende su fortuna:

Calló el rey, quedó de mármol
al verla: ella le pregunta,
"Qué es esto?" y oyendo, "Nada,"
retiróse muy adusta.
Largo rato el rey estuvo

cual ligado por la oculta
fuerza del prestigio. Luego
torna á mas reñida pugna

De afectos: la amistad vence,
llama con voz resoluta
á Solis su maestresala,

dícele: "Al momento busca
"A Diego Estúñiga, y dile"....

En su garganta se anuda
la voz, porque entra la reina
otra vez... calla y trasuda.

La reina á Solis levóse,
y el rey abrió con presura
el balcon, cual si quisiese

gozar del aura nocturna;
Y el trono, cetro y corona
maldiciendo en voces mudas,
ojos de lágrimas llenos
clavó en la menguante luna.

—o—
ROMANCE IV.

LA PLAZA.

— MEDIADA está la mañana;
ya el fatal momento llega,
y don Alvaro de Luna
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,
y en Dios la esperanza puesta,
sereno baja á la calle,

donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su mula,
que adorna gualdrapa negra,
y tan airoso cabalga,
cual para batalla ó fiesta.

Un sayo de paño negro
sin insignia ni venera
es su traje, y con el garbo
que un manto triunfal lo lleva;

Y sin toca, ni birrete,
ni otro adorno, descubierta,
bien aliñado el cabello,
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos
se asen de las estriberas,
y hombres de armas en buen orden
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro
con tan gallarda presencia
y con tan sereno rostro,
que impone á cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan
clavar la vista soberbia
en él, como consternados
ya de su venganza horrenda:

Sus partidarios parecen
decirle con mudas lenguas,
que aun morirán por salvarle
y encenderán civil guerra;

Y aquel silencio terrible

por todas las calles reina,
que ó gran terror, ó despecho
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
de cuando en cuando se quiebra
con la voz del pregonero,
que á los mas valientes hiela;

Diciendo: *Esta es la justicia
que facer el rey ordena
á este usurpador tirano
de su corona y su hacienda.*

Siempre que oye el condestable
este vil pregon, aprieta
la mano del padre Espina,
que en voz sumisa lo esfuerza.

—o—
Arriba á la triste plaza,
que ha pocos dias le viera
tan galan en el torneo,
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
el cuadrado espacio llena:
vese una masa compacta
de rostros y de cabezas:

Parece que el pavimento
se ha elevado de la tierra,
ó que casas y palacios
su basa han hundido en ella.

Un callejon, que tapiales
de hombres apiñados cierran,

sirviéndole de linderos
lanzas en vez de arboleda,

Ofrece paso hasta donde
lecho de muerte descuella,
en mitad del gran gentío
que como la mar olea,

El reducido tablado,
enlutado con bayetas:
una gran tumba parece
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
un altar á la derecha,
de terciopelo vestido;
y entre amarillas candelas

Cuya luz el sol deslustra
y arder el viento no deja,
un Crucifijo de plata
en cruz de ébano campea.

Yace un ataud humilde,
colocado á la izquierda:
cerca de él se ve una escarpia
en un pilar de madera;

Y en medio, de firme, un tajo,
delante una almohada negra,
y una hacha en cuya cuchilla
los rayos del sol reflejan.

—o—
Al pié del cadalso el reo
de la alta mula se apea:
fervoroso el padre Espina

con él sube y no le deja.

De pié ya sobre el tablado
tres personas se presentan
á las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa :

El ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo,
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
de atreverse á tal alteza,
necio terror da á su frente,
que cubre jalde montera.

El religioso metido
en su capucha, se queda
de mármol ; cruza los brazos,
y con fervor mudo reza.

El condestable sereno
el pié al Crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa ;

Y viendo junto al tablado
en actitud lastimera
á Moráles su escudero,
hecho de lealtad emblema,

Le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas,
del pulgar quita, y le entrega

Diciéndole : " Amigo, toma,

" ya no conservo otra prenda."—

Después atisbó á Barrasa,
paje del príncipe, cerca,

Y así le habló en voz sonora :

" Dile á tu dueño, que vea

" de dar á los que le sirvan,

" otra mejor recompensa."—

Viendo el pilar y la escarpia,

" Para qué ?" pregunta. Tiembla

el sayón, y le responde,

hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el condestable

con una sonrisa acerba :

" Después de yo degollado,

" nada son cuerpo y cabeza."—

Entónces el padre Espina,

que piense solo le ruega,

en Dios ; y él, " Padre, es mi norte

" y mi esperanza," contexta.

Se ajusta el traje, descubre

la garganta, ve que llega

el verdugo para atarle

las manos con una cuerda :

Saca del seno una cinta,

labrada con oro y seda,

y, " Atalus," le dice, " amigo,"

" si es necesario, con esta."—

De hinojos en la almohada

se pone, el cuello presenta,

el religioso le grita :

“Dios te abre los brazos, vuela;”

El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza,
se alza universal gemido,
y tres campanadas suenan.

—o—

EL ALCAZAR

DE SEVILLA.

ROMANCE I.

MAGNIFICO es el alcázar
con que se ilustra Sevilla,
deliciosos sus jardines,
su excelsa portada rica.

De maderos entallados,
en mil labores prolijas,
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas;

Y hay en ellas un letrado,
donde, con letras antiguas,
Don Pedro hizo estos palacios,
esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones
las modernas fruslerías,
mal en sus soberbios patios
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,

en la grata compañía
de chistosos sevillanos
y de sevillanas lindas,

Recorrí aquellos verjeles,
en cuya entrada se miran
gigantes de arrayan hechos
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos
forman calles extendidas,
y un oscuro laberinto,
que á los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
escondidos; se improvisan,
saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas.

Y á los forasteros mojan,
con algazara y con risa
de los que ya escarmentados
el chasco pesado evitan.

—o—

En las tardes del estío,
cuando al ocaso declina
el sol entre leves nubes,
que de oro y grana matiza

Aquel trasparente cielo
con ráfagas purpurinas,
cortado por un celaje
que el zéfiro manso riza;

Aquella atmósfera ardiente,
en que fuego se respira,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

¡ qué languidez dan al cuerpo !
¡ qué temple al alma divina !

De los baños tan famosos
por quien los gozó, la vista,
la del soberbio edificio,
obra gótica y morisca,

Tétrico en partes, en partes
alegre, y en el que indican
los dominios diferentes
ya reparos, ya ruinas ;

Con recuerdos y memorias
de las edades antiguas
y de los modernos años,
embargan la fantasía.

El azahar y los jazmines,
que si los ojos hechizan,
embalsaman el ambiente
con los aromas que espiran ;

De las fuentes el murmurio,
la lejana gritaría,
que de la ciudad, del río,
de la alameda contigua,

De Triana y de la puente,
confusa llega y perdida,
con el son de las campanas
que en la alta Giralda vibran ;

Forman un todo encantado,
que nunca jamás se olvida,
y que al recordarlo, siempre
mi alma y corazón palpitan.

—o—

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Muchas deliciosas noches,
cuando aun ardiente latía
mi ya helado pecho, alegres,
de concurrencia escogida

Vi aquellos salones llenos ;
y á la juventud cuadrillas
ó contradanzas bailando
al son de orquestas festivas.

En las doradas techumbres
los pasos, la charla y risas
de las parejas gallardas,
por amor tal vez unidas,

Con el son de los violines
confundidos se extendían,
acordes ecos hallando
por las esmaltadas cimbrias.

—o—

Mas, ay ! aquellos pensiles
no he pisado un solo día,
sin ver (sueños de mi mente!)
la sombra de la Padilla,

Lanzando un hondo gemido
cruzar leve ante mi vista,
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira :

Ni entré en aquellos salones,
sin figurármese erguida
del fundador la fantasma
en helada sangre tinta :

Ni en el vestíbulo oscuro,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

el que tiene en la cornisa
de los reyes los retratos,
el que en columnas estriba,

Al que adornan azulejos
abajo, y esmalte arriba,
el que muestra en cada muro
un rico balcon, y encima

El hondo artesón dorado,
que lo corona y atrista ;
sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha oscura....
ni las edades la limpian !
Sangre!!! sangre!!!... ¡oh cielos, cuántos
sin saber que lo es, la pisan !

—o—

ROMANCE II.

QUINIENTOS años más joven
era el magnífico alcázar ;
aun lustrosas sus paredes,
su alto almenaje sin faltas,

Y lucientes los esmaltes
de las techumbres doradas,
mansion del rey de Castilla
orgullosa se ostentaba ;

Cuando del mayo florido
una apacible mañana,
en aquel salón que tiene
los balcones á la plaza,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Dos ilustres personajes
en grande silencio estaban :
un caballero era el uno,
el otro una hermosa dama.

—o—

Rica berberisca alfombra,
del rey moro de Granada
don ó tributo, cubría
las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
con listas y flores varias,
matizado en el oriente,
que galeras venecianas

(Tal vez de su dux regalo)
trajeron á nuestra España ;
del abierto balconaje
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente
de maderas cinceladas
un rico oratorio había
con embutidos de nácar,

Y en él la imagen devota
de la Virgen soberana,
escultura harto mezquina,
mas no de atractivos falta,

De la cual era el adorno
una corona de plata,
reverberando en su cerco
ametistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso

con las oraciones santas,
ornatos de miniatura,
y de oro y marfil las tapas,

Colocado se veía
sobre un atril, que formaban
de un ángel mal esculpido,
aunque con primor, las alas;

Y de bracedo de oro
en el suelo una almohada,
mostrando por medio hundida,
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados
con cal de Moron, de caza
pendían varios trofeos,
banderas y limpias armas;

Y en una mesa ó bufete
puesta en medio de la estancia
con un tapete cubierta,
cuyos picos arrastraban,

Un templado laud había,
un rico juego de tablas,
búcaros llenos de flores,
y un cofre de filigrana.

—o—

De un balcon sentóse cerca,
muy pensativa la dama,
en un gran sillón dorado,
cuyo respaldo formaba

Un dosel ó guardapolvo
en una curva gallarda,

de castillos, de leones
y de corona adornada.

Un vistoso brial de seda
verde, y con labores varias
de sirgo y perlas, y en torno
de oro recamos y franjas,

Era su traje; una toca
muy mas que la nieve blanca,
y un claro cendal cubrían
sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
y divina su garganta;
pero del color de cera,
que miedo y penas retrata:

Dos soles eran sus ojos
bajo las luengas pestañas,
donde dos perlas preciosas,
prontas á correr, brillaban.

Era una fresca azucena,
á quien cruda muerte amaga,
porque un corroedor gusano
ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañizuelo,
con puntas bordado y randas,
revolvía con las manos
convulsas y deslustradas;

Ora absorta y distraida,
agitaba en torno el aura
con un precioso abanico
de ricas plumas de Arabia.

—o—